

# El libro de Angelina

Colección Narrativas, 2

Fernando Figueroa Saavedra  
**El libro de Angelina**  
*Aventuras y tribulaciones  
de una amazona veneciana*



2009

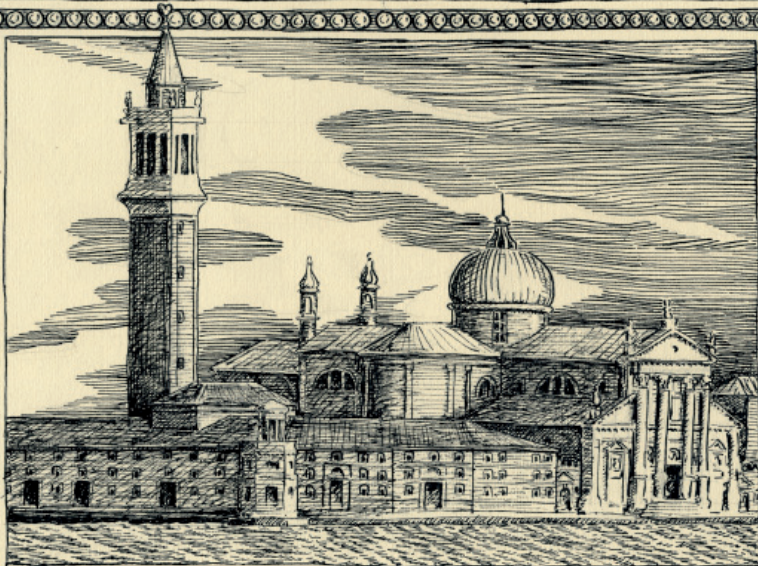
Colección Narrativas  
Ediciones Minotauro Digital





ESTE ES EL PRIMERO DE LOS CUADERNOS DE VIAJE de Doña Angelina Trisole de Ghiandachiara, de dignidad *Cavaliere della Serenissima Repubblica de San Marco* por privilegio bien ganado, en el que se recogen parte de las maravillosas historias ocurridas durante aquellos viajes que hiciese por distintos mares y tierras bajo la ingratitude, pese a sus méritos, de su querida Venecia natal. Así fueron recogidos, ordenados y escritos por mí, Fray Diego de San Felice, sobre los testimonios, manuscritos y apuntes confiados en mí por dicha dama en el puerto de Nápoles, cuando contaba con la edad de ciento once años, días antes de su muerte al cobijo del palacio de la Condesa Dell'Altamaremma, Doña Antea Luanella; cuando viajaba camino a la citada ciudad de Venecia, donde a día de hoy reposan sus restos por la santa caridad franciscana y que, para su desconsuelo, no pudo volver a ver con sus propios ojos tras abandonarla con diecisiete años. A su memoria ofrezco

este libro y a la salud y reconocimiento de mi señor y mecenas, Don Fernando de Figueroa y Saavedra, gentil-hombre castellano, por quien hago llegar su historia en lengua española.



*De cómo nació Doña Angelina Trisole  
de Ghiandachiara en Venecia y de cómo se  
iniciaron sus aventuras por mares y tierras*

## I

**C**UENTA LA NOBLE DAMA QUE NACIDA Y ABANDONADA en un cesto durante una luna llena y anaranjada de julio, sobre el Gran Canal, en lo alto del Puente de Rialto, su nacimiento días antes fue señalado por tres estrellas, cuyos nombres no me reveló. Cada una de ellas la dotó de una cualidad: curiosidad, una terrible ansia por dar y recibir amor, y coraje. Mas la vida le impuso otras cualidades, entre ellas la sed de justicia y la prudencia.

Aunque no se tenía certeza de su noble cuna, a pesar de que la calidad de los lienzos que la cubrían pudiese apuntar a ello, Angelina niña fue ahijada por un notable aristócrata veneciano que, regresando de San Angelo a su palacio, la sintió llorar desesperada sobre aquel puente. Viéndola abandonada, desvalida y quejosa, compasivo y justiciero la recogió, acomodó entre sus brazos y consoló

con ternura. Desde aquel instante, Giacomo Trisole de Fioredente, quinto Marqués de Montefiero, no pudo dejar de sentir un especial afecto por aquella criatura que se debatía desesperadamente por liberarse de las finas ropas que la envolvían, mientras clavaba en sus ojos una mirada de cariñosa fiereza, como quien demanda con ahínco y temor el amor extrañado.

—Si, siendo tan niña, con tanta furia se bate por su libertad, señorita, su destino está por escribir y de su propia mano depende. Pero me va a permitir, joven dama, que sea yo quien tenga el honor de ser quien le ofrezca su primer tintero —le dijo el marqués en sus pequeños oídos con un tono afectado, pero tiernamente solemne, admirado de tanta bravura e inocencia.

Criada en el palacio de los Trisole e instruida, junto a los hijos del marqués, en diversas artes y ciencias, Angelina pasó su infancia de travesura en travesura y su temprana juventud de sueño en sueño. Estudiaba y aplicaba la proporción áurea a la composición geométrica de las telarañas con tanta pasión como escrutaba las miradas de los hombres poniendo cerco a sus pasiones y miedos. Jugaba a tomar castillos y liberar doncellas con el mismo ímpetu que buscaba la compañía de los viajeros que la retenían absorta contándole historias fantásticas. Gustaba de coquetear con los jovencuelos que pasaban por el puerto, aprender todo sobre el manejo de máquinas e instrumentos y apenarse por no embarcar en alguno de aquellos galeones que surcaban océanos lejanos, para conocer en persona el mundo que le describían y ensoñaban los demás.

Angelina no sabía que pronto sus deseos se harían realidad y que estaría preparada para afrontar terribles pruebas que jamás habría imaginado vivir. Pero a veces ciertos deseos para cumplirse se acompañan de desgracias.

Entre las distintas luchas que se establecían entre las familias patricias que formaban parte del *Maggior Consiglio* o Gran Consejo por mantener o acrecentar

su influencia en el gobierno veneciano, los Trisole estaban en una situación muy delicada. Muchos y poderosos eran sus enemigos y peligroso el conocimiento público de sus ideas reformistas sobre la constitución del Estado veneciano. Estas luchas y el especial recelo de la familia Contarini hicieron que el marqués temiese por la vida de sus hijos y de Angelina.

Aunque los Trisole contaban con el apoyo y la ayuda de algunas buenas familias, incluido el afecto y la protección de Renier Zen, nada impidió una tormenta de calamidades. Con la elección de Francesco Contarini como dogo en 1623, la situación se hizo especialmente preocupante, pues entraron en juego otros intereses que al propio Marqués se le escapaban entre aquel laberinto de intrigas y rivalidades. Destacados miembros de los Trisole, que aún no se habían exiliado de la República, sufrieron una serie de atentados donde se adivinaba la oscura sombra de la *Diecia* o Consejo de los Diez, aunque en buena parte también recayeron sospechas sobre otra familia que aspiraba a situar en el Dogato a uno de los suyos, los Cornaro, cuyas oscuras maniobras no dejaban de tener en cuenta y jugar con los enfrentamientos ajenos.

En 1624, los tres hijos del Marqués amanecieron envenenados en sus camas y de ningún modo se pudo determinar quién dio la orden de tan despiadado crimen. Tras esto el marqués quedó sumido en una silenciosa y amarga tristeza. Su esposa, Doña Silvia de Ghiandachiarra, se suicidaba durante la celebración del Carnaval tirándose al mar frente a la Isla de los Muertos, desesperada por tanto infortunio y rabiosa por la inmunidad y crueldad de los poderosos nobles venecianos, fuesen cuales fuesen sus blasones.

Con la elección como dogo en 1625 de Giovanni Cornaro, la situación lejos de relajarse, empeoró. El gobierno despótico y corrupto del nuevo dogo, no hacía si no enviciar más aún la delicada situación de los Trisole. Giacomo Trisole de Fioredente estaba anímicamente destrozado, a

un paso de la locura. Solo le mantenía el temor por salvaguardar la vida de aquello que aún le aferraba al mundo, su única hija, la adoptada Angelina. Sus temores eran más que fundados, los Contarini regresarían al poder en 1630 y la tregua que había favorecido la lucha de ciertos sectores nobiliarios, encabezada por el citado Renier Zen, contra los Cornaro desaparecía. Alguien tramaba no dejar sobre la tierra descendencia alguna que portase el título de los Montefiero. Angelina debía ser llevada al puerto sin demora alguna para escapar urgentemente de allí. Cuadrillas de enmascarados se aproximaban por distintos puntos de la isla al Palacio Montefiero. No había tiempo que perder. En una góndola y oculta entre cajones y mantas, Angelina salió a mar abierto.

Después de asegurarse de que Angelina había embarcado en un mercante portugués rumbo a Candía, el propio Giacomo Trisole de Fioredente, Marqués de Montefiero, sufría al cabo de unas horas su muerte. Había perecido extrañamente ahogado en un canal, cuando caminaba hacia el Convento de San Francesco del Deserto en busca de un último refugio a su desolación. Según los doctores su muerte se debió a un exceso en el consumo de líquidos. Una explicación vana que algunos testigos completaban, insinuando que alguien le había invitado a beberse el agua del canal. Ninguna otra información fue suministrada y la familia Trisole pasó al olvido de las oscuras aguas de la historia veneciana.

Cuando Angelina Trisole subió al *Boa Ventura*, la nave portuguesa que la alejaría de aquel espanto, solo portaba sus ropas, la espada y unas cartas del quinto Marqués de Montefiero, el pañuelo y abanico de Doña Silvia, los retratos de sus hermanos y una inmensa pena en su corazón. Con el rostro vuelto a las cúpulas de la Basílica de San Marcos y los cabellos agitados por la brisa nocturna, Angelina contemplaba por última vez la Ciudad de Venecia. Empezaba un largo viaje, cuyo final nadie podía prever.



*De cómo Angelina llegó a Alejandría sana  
y salva en un barco portugués*

## II

**E**L BOA VENTURA ARRIBABA AL PUERTO DE LA XANIA en Candía para hacer aguada. Angelina empapada en lágrimas y acompañada de su sirviente Pietrolino, se sentaba sobre un fardo en cubierta dispuesta a leer con los primeros rayos del alba la primera carta de su padre:

*Mi querida niña,*

*Sabes que en ti mi alma dejo. Tú eras mi luz y esperanza y en este momento no tengo mayor consuelo que el saberte a salvo. Mantente firme, entera, sé digna de ti misma y ayuda a los que te quieran y quiere a los que te ayuden. Te deseo la mayor suerte del mundo, pues sé que terribles pruebas te serán planteadas y yo no estaré a tu lado.*

*Contigo va Pietrolino. Confía en él como en un buen amigo, pero sujétale firme, pues los que son de su condición se conducen por los más básicos instintos y es fácil que te meta en más de un embrollo. Cuidale y él te cuidará fielmente.*

*Besos de tu padre,*

*Giacomo Trisole de Fioredente*

*Marqués de Montefiero*

En un papel adjunto, el marqués, que parecía consciente de vivir sus últimas horas, acompañaba la carta con una pequeña lira:

*Un bosque fue mi esposa,  
tres retoños bravos fueron mis hijos,  
mas tú serás la rosa  
que guarde mi suspiro.  
¡Cuidadla y sedle fiel, mi Pietrolino!*

Las demás cartas fueron abiertas a lo largo de sus otros viajes, que no fueron pocos, encontrando en cada una sabias lecciones y consejos, que junto a sus experiencias la fueron convirtiendo en una gran mujer y respetable dama.

Angelina lloraba desconsolada. Pietrolino, emocionado también, procuraba secarle las lágrimas con el gastado pañuelo de Doña Silvia, mientras le hacía carantoñas y cucamonas. Los marineros, distantes, miraban la escena. Algunos reían con mala saña y otros callaban compungidos. El capitán del barco, Maese Cristóvão da Silva, procuraba con suma cortesía que su distinguida viajera no sufriese falta ni ofensa alguna. Le habilitó un camarote contiguo al suyo, con todos los servicios dignos para su cuidado.

Tras un par de días continuaron rumbo a Alejandría, donde Angelina tendría que dejar el barco y encontrarse con un desconocido anfitrión. Pasado el duelo y con el brío de la tierna juventud, Angelina salía de nuevo a cubierta contenta de rendirle su saludo a un sol que, gentil, la despertaba a una nueva vida. Siguiendo las instrucciones que había recibido el capitán y ante la sorpresa de Pietrolino, que afirmaba y juraba no servir más que a un solo amo, Angelina se había vestido de

caballero, pues en la tierra de turcos y gitanos no era conveniente relucir su encanto femenino ni mostrarse con demasiada generosidad. En precaución de otros peligros, también se dispuso que no debía responder a cualquier llamada por los nombres de Trisole o Ghian-dachiara, sino solo al nombre de Angelo Bemollato.

Llegaron a Alejandría. El puerto estaba repleto de grandes naves y multitud de gente: marineros, estibadores, viajeros, comerciantes, criados, mendigos, soldados o gentes de malvivir. Mientras se iniciaba la descarga, Angelina disponía todo su pobre equipaje para el desembarco. En esto que Pietrolino empezó a ver sacar de las bodegas multitud de hombres encadenados. Así se lo hizo saber a Angelina, que horrorizada por aquel trato pidió una explicación al capitán. Sin el más mínimo atisbo de vergüenza este le contó que eran esclavos circasianos que habían traído desde la veneciana Tana, al norte, en la desembocadura del río Don, para venderlos en Alejandría.

Angelina estaba desolada, nunca había visto un espectáculo tan humillante. Ciertamente que había oído hablar de que se comerciaba con hombres, mujeres y niños, pero la impresión de verlo en vivo la paralizaba. Contemplaba el rostro de Maese Cristóvão da Silva, tan duro y a la vez gentil, sin explicarse cómo un hombre así tenía estómago para hacer tal clase de negocios. Con esto a Angelina le entró la duda de si Maese Cristóvão da Silva le prestaba tantas atenciones y cuidados simplemente porque iba a ser bien pagado.

—Maese da Silva, ¿qué soy yo para vos? —preguntó con un gesto entre la seriedad y la incertidumbre.

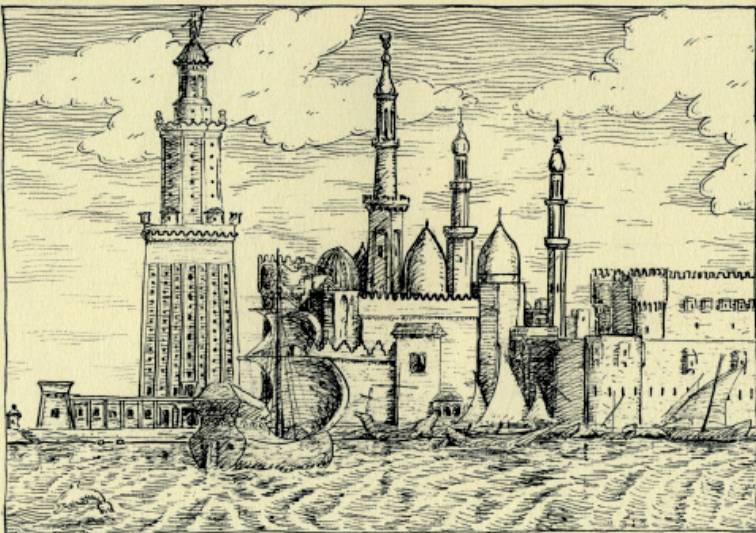
Maese da Silva torció lento su arrugado y moreno rostro hacia ella y le dijo con una sonrisa dulce:

—Sois el lucero del alba, una diosa niña, una estrella entre montañas, Angeliña. Más de un hombre os tomará por el faro de sus viajes y avivará el fuego que nace de vuestros ojos.

Angelina se quedó un poco más tranquila, incluso halagada en su orgullo de damisela. Comprendió que el capitán y ella hablaban el mismo lenguaje, pero que ambos hablaban a dos personas diferentes.

Una voz gritó desde tierra, preguntando por Don Angelo Bemollato. Sin duda, el desconocido anfitrión estaba al tanto de los detalles de la operación urdida por Don Giacomo. Le hicieron señas y desembarcaron. Allí estaba frente a ellos un comerciante veneciano, cuya indumentaria combinaba prendas y tocado turco con otras más propias de la costumbre veneciana. El comerciante respondía al nombre de Marco Bembo y no le faltaba momento para afirmar ser descendiente indirecto del mismísimo Marco Polo por quien llevaba su nombre de pila.

Tras pagar al capitán una suma imprecisa, subieron todos a un carromato y se dirigieron a la casa del mercader. El sol resultaba ahora pesado y dañino. La mezcla de empalagosos olores y agrias miasmas y el movimiento caótico de las gentes empezaban a marear a Angelina que no veía el momento de reposar en un lecho que no estuviese todo el tiempo bamboleándose. Pietrolino se devanaba los sesos pensando a qué horas tenían por costumbre comer en aquellas tierras. Y Marco Bembo no dejaba de mirar un mechón que rebelde asomaba por delante de la oreja de Angelina. Contaba con encomiable meticulosidad cada uno de sus pelos. Cuando perdía la cuenta, Marco volvía a empezar.



*De cómo los comerciantes venecianos  
encomiendan una misión a Don Angelo  
Bemollato en las ignotas tierras africanas*

### III

**L**OS BEMBO ERAN UNA FAMILIA DE COMERCIANTES muy laboriosos y tradicionales. Su reputación como contables y su fiabilidad en los pagos era de sobra conocida, incluso, fuera de los dominios venecianos. Su relación con los marqueses de Montefiero venía de muy atrás. Al menos desde el segundo marqués, Nicola Trisole, famoso porque contaban que, habiéndose quedado cojo en la deshonrosa batalla de Prevesa en 1538, portaba una muleta en la que decían que guardaba un diablo que le allanaba cualquier dificultad en su camino. Este tipo de rumores le ocasionaron algún que otro encontronazo con la Congregación del Santo Oficio. Pero en verdad, Nicola Trisole fue siempre un hombre afortunado.

Con el tiempo, empresa comercial tras empresa comercial, los Bembo y los Trisole se habían beneficiado mutuamente. Sin duda, este era el momento más apropiado

para mostrar su agradecimiento a los Trisole, ayudando al ahora llamado Don Angelo Bemollato.

En aquel momento la colonia veneciana andaba revuelta. Si ya no era poco las turbulentas relaciones con los turcos, que de vez en cuando provocaban su entrada y salida de Egipto; muchos eran los rumores acerca de las intenciones del Rey de Francia de hacerse con un tratado especial con el Reino de Abisinia y disponer así en exclusiva de los puertos etíopes. La agitación era tal que se hacían propuestas de todo tipo. Hubo quien propuso asesinar al rey francés. Una buena suma de ducados podría bastar para despacharle honoríficamente al Reino de los Cielos. Pero los más pragmáticos preferían apostar por ganarse la confianza del Rey de Abisinia, mediante lujosos obsequios. En todo caso reforzar la influencia veneciana en la ruta por el Mar Rojo resultaba crucial, costase lo que costase.

Los Bembo debían aprovechar el momento para ganarse más aún la buena consideración de sus compañeros y habían apostado por mandar un delegado a la corte abisinia para tratar con el rey Susenios. Decían tener a un experto que, pese a su juventud, mostraba grandes dotes diplomáticas y un sutil carisma, a la altura de su más ilustre antepasado, el aventurero Marco Polo. A esto muchos rieron, escépticos de las ínfulas genealógicas de los Bembo o de sus recomendaciones para con aquel mozalbete. Aunque había uno, que serio, mantenía una actitud más analítica. Levantó su mano y el silencio se hizo en la sala.

—Si es tan hábil como decís, que vuestro emisario me diga cómo convencería a un dromedario de cruzar un río infestado de cocodrilos —prorrumpió Francesco de Gruato, un mercader que era un auténtico perro viejo.

Don Angelo respondió sereno, sin bajar la mirada, con la agilidad y soltura de una leona:

—Vuestra merced dirá mejor cómo no convencer a un veneciano de no cruzar un río infestado de cocodrilos sin servirse del dromedario.

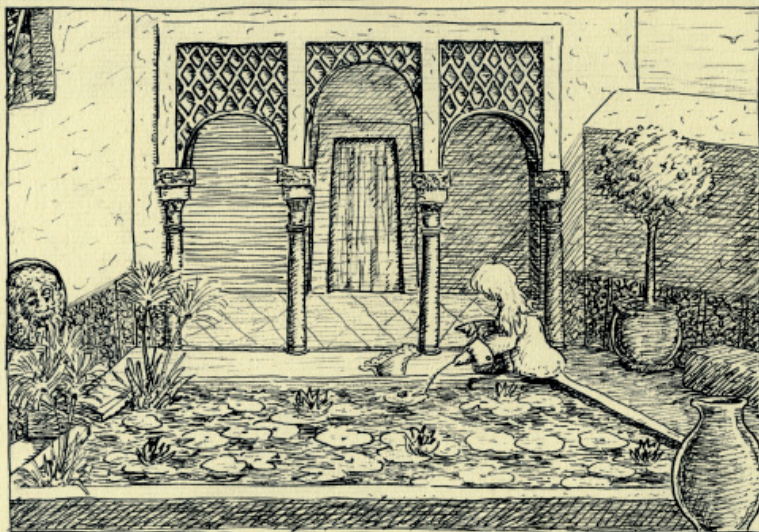
Francesco de Gruato lanzó, ahora sí, una carcajada.

—Ja, ja... ¡Ese es el espíritu veneciano! Ja, ja... Me habéis convencido —subrayó sin dejar de reír; pero de sopetón paró y pasó de la risa al gesto más severo que pudiera encontrarse un reo a muerte en la faz del juez más despiadado, para sentenciar: —Y vos seréis nuestro dromedario y allí tendréis a vuestros cocodrilos —completó señalando al sur.

Don Angelo, a la primera, había sabido salirse con la suya o eso parecía.

Los reunidos estaban sorprendidos y, en parte, seguían recelosos. Pero ante las pocas probabilidades de éxito a ojos de unos y la desesperación por salir del problema por parte de otros, y oída la rotunda afirmación del veterano Francesco de Gruato, no quedaba más alternativa que aprobar la misión propuesta por los Bembo. Además, ellos la costearían plenamente con su capital, a compensar debidamente con los posibles beneficios obtenidos en un futuro. Cualquier duda resultaba, en tal situación, absurda.

Los Bembo, como todo comerciante experto, eran duchos en el arte de la doble contabilidad. En este caso, su doble juego era aprovechar también la ocasión para alejar a Angelina de cualquier posible peligro. Entre los venecianos presentes en Alejandría había muchos amigos de los Contarini y de otras familias aliadas con ellos. Este viaje permitiría ocultar eficazmente cualquier rastro de la huida de Angelina. La empresa se costearía íntegramente con la fortuna depositada en sus manos por los Trisole durante largos años. Para unos y otros era una operación redonda.



*De cómo Don Angelo Bemollato libró a  
un capitán del motín de su tripulación*

#### IV

**M**ARCO CONTEMPLABA DESDE UN VENTANUCO A Angelina en su jardín. Se interesaba en ver cómo, vestida de caballero y entre el murmullo de los surtidores, jugaba con los lotos de su estanque. Era un contraste en cierto punto gratificante y no acababa de comprender el sentido de disfrazarla, cuando con el más mínimo movimiento de su cuerpo su candor y delicadeza se desparramaban. De súbito, un escarabajo que debía de haberse soltado del pico de un ave cayó chapoteando en el estanque. Angelina sorprendida por el accidente, lo sacó sin asco alguno del agua, lo examinó con escrutadora mirada y lo depositó sobre un nenúfar azul hablándole:

—Este será vuestro barco, Maese Scarabeo da Silva. Con él llegaréis hasta las Indias Orientales, si sabéis acertar con los vientos y las corrientes —al rato, miró

hacia un hormiguero y, metiendo la tira de un esparto en él, sacó unas cuantas hormigas que depositó a su vez sobre el nenúfar—. Y esta será vuestra tripulación –le dijo al capitán.

Marco sabía que Angelina había hecho una mala combinación, pero no dijo nada. Siguió observando desde arriba.

Con una rama caída empezó a empujar la flor de una a otra orilla del pequeño estanque hasta que se dio cuenta de que las hormigas empezaban a atacar a su capitán.

–¡No, no hagáis eso, ingratas! ¡Scarabeo es el mejor capitán del mundo! ¡Acabaréis tragadas por las tormentas!

Las hormigas se cebaban con el escarabajo, tratando de paralizarlo con sus mordiscos, pero no eran bastantes para vencerlo. Angelina cogió entonces con su palma un poco de agua y la vació sobre el nenúfar, mojando a las hormigas que salieron correteando por toda la cubierta.

–¡Merecéis que os abandonemos en una isla desierta por motín! –en ese instante, las hormigas parecieron pararse a escucharla. Prosiguió–: Scarabeo es grande, de aspecto terrible, pero su poder no haría daño a nadie. En cambio vosotras, diminutas, os cebáis en grupo contra él para nutriros y aumentar vuestra depredadora estirpe...

Angelina rompía en lágrimas. En aquel momento, ver todos aquellos nenúfares sobre el estanque le había recordado a Venecia y el ataque al escarabajo, el ataque a los Trisole. Angelina recogió al escarabajo, lo besó y lo lanzó sobre la tapia del jardín. En su vuelo se confundió, al ascender por los cielos, con el mismísimo sol. Con los ojos cegados por la luz, dejó escapar de sus labios dulcemente una frase:

–¡Te quiero, padre!

Angelina prendió el barco floral, lo aproximó al hormiguero y, dando secos toquecitos, devolvió las hormi-

gas a su hormiguero. Después puso el nenúfar azul allí donde comprendía que correspondería situarse, en aquel caprichoso plano, su isla, su palacio, su hogar vacío. Se miró sobre la cristalina superficie del estanque, se secó el rostro con el puño de la manga y se ajustó el pañuelo con un alfiler.

–Creo que el traje pronto se le va a quedar pequeño –musitó Marco mientras se retiraba al interior– Ojalá la volvamos a ver un día...

Había creído ver a una niña disfrazada de hombre y al final vio a un hombre con corazón de mujer.

En aquel instante Don Angelo Bemollato creyó ver algo reflejado a un lado del estanque. Alzó su rostro, mirando hacia lo alto de la casa. Había creído ver una centella sobre el agua, la sonrisa de un rostro de la infancia, los ojos de un niño por nacer. Para entonces Marco ya había cerrado la ventana y el sol caía por detrás de la tapia.